

## Introducción

*Mariano Plotkin*

IDES/CONICET-Untref

---

Pocas regiones del mundo occidental se han visto asociadas a la idea de crisis con tanta fuerza como América Latina. Nacidas a la vida independiente a principios del siglo XIX en parte como consecuencia de un proceso crítico que se desarrollaba en la metrópolis (la invasión de Napoleón a la península ibérica), las naciones latinoamericanas tardarían más de medio siglo en consolidar estados nacionales viables y una ubicación —que, aunque dependiente, fue en algunos casos muy exitosa— en el orden capitalista internacional. A lo largo del siglo XX, la mayoría de estas naciones se verían afectadas por diversas coyunturas críticas en el ámbito político, social y económico que desembocarían en dictaduras militares más o menos sangrientas, pobreza y marginalidad y, en algunos casos, invasiones extranjeras. En las últimas décadas todos los países de la región fueron afectados virtualmente por crisis económicas de tal seriedad que llevaron al replanteo de los modelos de desarrollo económico vigentes y que, en más de una ocasión, tuvieron profundas consecuencias políticas. Al mismo tiempo, la sucesión de problemas políticos que algunas de estas naciones sufrieron, y a partir de los años 80 la manera —por lo general exitosa— en que los han superado ha servido al mismo tiempo, y paradójicamente, para consolidar y cuestionar la viabilidad de la democracia en la región.<sup>1</sup> Como señala Jean Franco América Latina, antes concebida como una tierra de utopía, ahora tenía que conformarse, al parecer con la perspectiva de un futuro modesto y domesticado. Es que el lugar mismo del intelectual latinoamericano, que tan importante papel había jugado en el devenir del continente desde los tiempos de la independencia y aun desde antes,<sup>2</sup> se habría visto desplazado

---

1 En la última década hubo múltiples episodios de cambios de gobierno anticipados en diferentes países de América Latina tales como Brasil, la Argentina, Ecuador, Bolivia, aparte del fugaz golpe de estado contra el presidente Hugo Chávez de Venezuela analizado en este número por Fernando Coronil. Lo interesante es que a pesar de que en algunos casos hubo participación de grupos militares en estas crisis políticas, ninguna de ellas terminó en establecimiento de gobiernos militares y todas se resolvieron por mecanismos más o menos institucionales.

2 Ver el libro clásico de Rama, Ángel: *La ciudad letrada*, FIAR, Montevideo, 1984.

en años recientes por una cultura de masas globalizada que ha puesto en crisis aun la noción de “lo popular”.<sup>3</sup>

En algunos países, como la Argentina, el concepto de crisis parece haberse instalado como un componente central de la identidad nacional. Según algunas versiones popularizadas del pasado nacional, éste no habría sido sino una sucesión de crisis cada vez más cercanas entre sí de tal manera que, en vez de constituir una serie de episodios discretos, el devenir histórico del país se parecería más a una situación de “crisis permanente”.<sup>4</sup> Volveré sobre este punto más adelante .

“Crisis” por lo tanto ha dejado en estas circunstancias de constituir una categoría analítica para transformarse en, al decir de los antropólogos, una categoría nativa, que sirve tanto para lamentarse de la situación actual, como para ser utilizada como grito de guerra y llamado a la acción.

Ahora bien, ¿cómo conceptualizar la “crisis”? Etimológicamente, la palabra “crisis” remite a una decisión final o juicio irrevocable, definitivo. Desde el punto de vista médico la tradición hipocrática formulaba el concepto de crisis como un momento crucial en la batalla entre la vida y la muerte en que una decisión debe ser tomada en tiempo perentorio. En su connotación religiosa, “crisis” hace referencia al juicio de Dios el día del Juicio Final que estaría precedido por una aceleración de los tiempos. Como señala Reinhart Koselleck, el concepto de crisis está vinculado a una presión de tiempo y es inseparable a una teoría del tiempo.<sup>5</sup> Crisis implica un quiebre en la temporalidad que separa el presente del pasado, introduce incertidumbres respecto del futuro y por lo tanto impediría la formulación de imágenes creíbles de un futuro deseable generando, en palabras de Claudio Lomnitz, una “saturación del presente.” Esta imposibilidad de proyección hacia el futuro estaría tal vez encarnada mejor que en ningún otro ejemplo en el grito de “que se vayan todos” que se escu-

3 Sobre la crisis de los intelectuales latinoamericanos y la globalización se han escrito un sinnúmero de trabajos. Ver, entre muchos otros, Sarlo, Beatriz: *Escenas de la vida postmoderna. Intelectuales, arte y cultura en Argentina*, Ariel, Buenos Aires, 1994; Franco, Jean: *The Decline and Fall of the Lettered City. Latin America in the Cold War*, Harvard University Press, Cambridge, 2002; Bartra, Roger: “Cuatro formas de experimentar la muerte intelectual”, en Olamendi, Laura e Cisneros, Isidoro (comps.): *Los intelectuales y los dilemas políticos del siglo XX*, FLACSO, México, 1997. Sobre el impacto de globalización en la cultura ver sobre todo el texto clásico de García Canclini, Néstor: *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Grijalbo, México, 1990.

4 Sobre crisis en la Argentina, ver Fiorucci y lo que ella cita.

5 Koselleck, Reinhart: “Some Questions Regarding the Conceptual History of ‘Crisis’”, en Koselleck, R.: *The Practice of Conceptual History. Timing History, Spacing Concepts*, Stanford University Press, Stanford, 2002, pág. 238.

chaba en las calles de Buenos Aires durante la crisis de 2001-2002, y que luego se repetiría en otros países.<sup>6</sup> Sin embargo, como veremos más adelante, la imposibilidad de futuro no siempre está asociada, ni siquiera en la Argentina, a la idea de crisis.

Existe todavía otra idea de crisis vinculada a la de progreso: crisis como “crisis de crecimiento.” Esta noción se aplica tanto en psicología al proceso de desarrollo individual de los seres humanos como en la economía a la teoría de los ciclos económicos que considera a las crisis como momentos naturales, por lo tanto inevitables, del proceso de crecimiento económico. Las crisis de paradigmas que preceden a las revoluciones científicas, según en modelo clásico de Thomas Kuhn, también podrían verse desde este punto de vista.

Los trabajos incluidos en este número tratan el tema de la crisis en América Latina desde diferentes ángulos y perspectivas, pero todos ellos lo hacen desde una mirada externa y analítica, “desde afuera,” analizando más que las coyunturas críticas en sí, los discursos que sobre ellas se generaron. Dos de los artículos, el de Alejandra Mailhe y el de Federico Neiburg, utilizan una perspectiva comparativa; el de Rosana Guber y Sergio Visacovsky y el de Fernando Coronil, por lo contrario, se concentran en un solo país: la Argentina el primero, y Venezuela el segundo. Por otro lado, mientras los trabajos de Guber y Visacovsky y de Mailhe se acercan al tema desde una perspectiva próxima a lo que habitualmente se caracteriza como historia de las ideas (el de Mailhe utiliza además herramientas provenientes de la crítica literaria), los de Neiburg y Coronil analizan el problema de las crisis desde una aproximación vinculada más bien a la historia y la antropología cultural. Los textos de Mailhe, Guber y Visacovsky, y Coronil además examinan no sólo los discursos sobre las crisis sino también las crisis que se originan en su interior. Mientras Mailhe se pregunta por los alcances y límites del resquebrajamiento del paradigma de análisis social decimonónico basado en conceptos racialistas en la obra de tres ensayistas: el brasileño Gilberto Freyre, el haitiano Jean Price-Mars y el cubano Fernando Ortiz; Guber y Visacovsky exploran los problemas implícitos en los discursos generados alrededor de la idea de transición democrática formulada por un sector del campo intelectual argentino luego de la caída de la dictadura.

---

6 Lomnitz, Claudio: “Times of Crisis: Historicity, Sacrifice, and the Spectacle of Debacle in Mexico City”, *Public Culture*, 15 (1), 2003, págs 127-147.

Fernando Coronil, por su parte, estudia una coyuntura crítica en particular, la generada alrededor del golpe de estado que desalojó fugazmente a Hugo Chávez del poder en abril de 2002. Lo que interesa a Coronil específicamente es la manera en que los discursos e imágenes del Estado hicieron crisis en Venezuela durante esta coyuntura crítica.

Neiburg, en cambio, analiza el proceso de construcción de la asociación entre “crisis nacionales” e inflación en el imaginario social de Brasil y la Argentina en las últimas décadas y el papel que en esto cumplieron los economistas. Se concentra en los llamados “planes heterodoxos” de control de la inflación formulados por los gobiernos de ambos países durante la década de 1980.

Los autores elegidos por Mailhe, aunque pertenecen a generaciones distintas (Price-Mars, nació en 1876, Ortiz en 1881 y Freyre, el más joven, en 1900) y escriben en contextos nacionales e históricos bien diferentes (las obras analizadas, *Ainsi parla l'oncle* de Price-Mars fue publicado en 1928, *Casa Grande e Senzala* de Freyre es de 1933, y *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar* de 1940), han sido obras fundamentales en la (re)definición de las bases de la identidad nacional de sus respectivos países. En las tres obras analizadas el concepto de cultura viene a reemplazar, aunque con matices distintos, al de raza como idea ordenadora en la construcción de sus versiones de las historias nacionales. Mailhe muestra que este reemplazo (nunca completo) aunque constituyó un quiebre relativo respecto del paradigma vinculado a la matriz ideológica anterior, escondía en su interior el germen de su propia limitación como fundamento para la comprensión de la compleja dinámica de las relaciones interétnicas y entre las clases en los tres países.

Aunque Brasil, Cuba y Haití son países con historias y posiciones en el mundo muy diferentes, los tres comparten algunas características que tornan fructífera la comparación en lo que respecta a la conformación de su identidad nacional. Mientras en otros países latinoamericanos (particularmente, aunque no sólo, México y los países andinos) los debates sobre la cuestión nacional se articulaban alrededor de la tensión generada entre una noción que recuperaba y revalorizaba las culturas indígenas por un lado, y una admiración por la tradición europea por el otro, en los tres países analizados la cultura indígena había sido “invisibilizada” como en el caso del Brasil, o había virtualmente desaparecido como en los países caribeños. Tanto en Brasil como en Cuba y en Haití los dos grupos que “formaban la nación” eran descendientes de inmigrantes, o bien libres (europeos), o bien forzados (esclavos negros).

Price-Mars, Freyre y Ortiz intentaban recuperar dimensiones de un pasado a partir del cual reconstruir la identidad nacional. *Ainsi* es un libro surgido de un desafío planteado por Gustave Le Bon con quien Price-Mars había mantenido importantes debates en París, pero también como reacción al trauma de la invasión norteamericana a la isla.<sup>7</sup> El pasado y las raíces que Price-Mars recuperaba para Haití eran los vinculados al África, rompiendo de esta manera con el ideal decimonónico promovido por las élites haitianas que se empeñaban en ver a ese país como una provincia cultural francesa. Tomando la práctica del vudú como centro de su ensayo, Price-Mars se proponía quebrar en Haití el imaginario colonial que obligaba, hasta en años recientes, a los alumnos de las escuelas primarias de las posesiones francesas en el Caribe y otros lados a enorgullecerse de *noancêtres les Galois*.

Gilberto Freyre ofrece una visión del pasado brasileño enfatizando en las contribuciones culturales de la población negra, al reforzar (o mejor dicho dando origen) al mito moderno de la democracia racial brasileña. El mismo título del libro: *Casa grande e senzala* remite a una dualidad que se cuestiona a sí misma: la definida por la mansión del plantador azucarero del nordeste y la choza de los esclavos, espacios que se fusionan constituyendo a la vez un sistema que funciona como un todo. Según Freyre sería a partir del sistema casa grande/senzala, que emergió como consecuencia del apogeo de la economía de plantación azucarera en el nordeste colonial, que Brasil construyó su carácter nacional. El argumento de Freyre se centra en la importancia del mestizaje resultante de los contactos sexuales entre el plantador y sus esclavas, como así también de los sincretismos que se dieron entre la familia de la casa grande y los esclavos de la senzala. De esta manera, la cultura brasileña sería, a los ojos de Freyre, el resultado de una amalgama entre el componente europeo, el africano y, en menor medida, el indígena.

Por su parte, Fernando Ortiz, articula su argumentación alrededor del concepto de “transculturación.” Ortiz enfatiza el proceso de “americanización” de Europa y de “africanización” de América, por medio del “contrapunteo” entre dos bienes exportables de características distintas: el tabaco, que estaría vinculado a una sociedad de pequeños productores locales, y el azúcar que se relaciona (como en el Pernambuco analizado por Freyre) con un sistema de plantación esclavista, resaltando él también los aspectos de

---

7 Morse, Richard: “The Multiverse of Latin American Identity, c.1920-c.1970”, en Bethell, Leslie (ed.): *Ideas and Ideologies in Twentieth Century Latin America*, Cambridge, Cambridge, 1996.

la cultura popular y el mestizaje que habían sido ignorados por los pensadores y ensayistas del siglo XIX.

Mailhe compara las obras de estos tres autores y muestra los alcances de sus ideas, pero al mismo tiempo sus limitaciones. En los tres casos ella detecta que al tratarse las dimensiones culturales discutidas como algo esencial, esto termina empobreciendo el análisis. Por otro lado, ninguno de los tres autores termina de desembarazarse por completo de las categorías racialistas del siglo anterior, lo que les impide un acercamiento productivo al “otro”. Freyre remite la historia del Brasil a la de una región en particular: el nordeste azucarero, y a un período particular: el siglo XVII, auge de la economía de plantación de la cual él mismo es un heredero. Aunque Freyre deplora la esclavitud e insiste hasta el cansancio que el supuesto “problema del negro” en el Brasil en realidad no era tal, sino el originado en una herencia de tres siglos de esclavitud; considera que este sistema, a todas luces injusto, fue el que generó las condiciones de posibilidad para la formación de una identidad brasileña, valorada positivamente y basada en el mestizaje. En realidad, como muestra Jeffrey Needell, en *Casa grande e senzala*, Freyre trabajaba con una serie de tensiones sociales, personales y de identidad que atravesaban tanto su propia trayectoria biográfica como la del grupo social al que pertenecía, que no terminan de resolverse en el interior del texto.<sup>8</sup> Price-Mars, Freyre y Ortiz, señala Mailhe, intentaban recuperar la dimensión popular de la cultura de sus países y en particular el mestizaje como fundamento en la tarea de construcción de una identidad nacional. Sin embargo, por diferentes motivos vinculados a las condiciones existentes en los tres países y a la de los intelectuales dentro de ellos, estos esfuerzos quedaron a mitad de camino. Por lo tanto, y en palabras de la autora, “las tres escrituras ponen en crisis [el paradigma racialista decimonónico] —y hacen crisis ellas mismas— en un mismo punto”, es decir en su incapacidad (o más bien en su capacidad limitada y condicionada) de acercarse al “otro” sin caer en “esencializaciones y achatamientos”. Los textos analizados son novedosos, pero al mismo tiempo anclados en el pasado. Se podría decir, siguiendo a Mailhe, que tanto Ortiz como Freyre como Price-Mars (y tantos otros ensayistas de la “identidad nacional” latinoamericana) prolongan y a la vez clausuran el siglo XIX, “oscilando entre residuos formales e ideológicos aún activos, y nuevas ‘estructuras del

---

<sup>8</sup> Needell, Jeffrey: “Identity, Race, Gender and Modernity in the Origins of Gilberto Freyre’s Oeuvre”, *American Historical Review*, 100, 1995.

sentir””. En realidad parecería que el problema residía en que la naturaleza misma del proyecto de forjar una identidad nacional partiendo de la armonización de los distintos grupos que componen la nación, ya sea como fusión sincrética (Freyre y Ortiz), ya sea como amalgama de elementos (Price-Mars) estaba intrínsecamente limitado por la matriz ideológica que presuponía.

El texto de Mailhe es un fino ejemplo de convergencia entre historia de las ideas y crítica literaria. Sin embargo —y esto no es un dato menor en un texto que intenta vincular las ideas con las coyunturas sociales y políticas en que éstas se originaban—, la dimensión social no termina de definirse. Es difícil pensar que las ideas expresadas en los textos no están de alguna manera vinculadas a las trayectorias personales de los autores, a sus propiedades sociales y a las de los grupos a los que pertenecen. No parece de menor importancia el hecho de que Price-Mars sea el único negro de los tres autores mencionados, ni las diferencias entre Cuba y Brasil, por un lado, y Haití, por el otro, en términos de la presencia y lugar social ocupado por la población negra, aparte del hecho fundamental, mencionado pero no completamente desarrollado por la autora, de que Haití se encontraba bajo ocupación norteamericana en el momento en que Price-Mars escribía su obra. Tanto Cuba como Brasil son sociedades cuyas elites intelectuales habían hecho esfuerzos desde los tiempos coloniales por caracterizarse como blancas. Por lo tanto el negro constituía un “problema,” aun para aquellos intelectuales que, como Machado de Assis o Raymundo Nina Rodríguez en el caso del Brasil, pertenecían a ese grupo étnico total o parcialmente. No es éste el caso de Haití, donde el proceso de independencia se constituyó precisamente a partir de la conformación de una identidad que excluía a los blancos (aunque no culturalmente), y en el que la propia elite social-intelectual ha estado conformada por mulatos y negros. La experiencia que Price-Mars vivió en Europa y sobre todo en los Estados Unidos como intelectual y diplomático negro de un país negro no puede haber sido la misma que vivió Gilberto Freyre considerado por sus mentores norteamericanos como una especie de *Wunderkind* exótico, pero a la vez presentable, lo que le permitió ser alumno y luego profesor de las mejores universidades norteamericanas. Es evidente que los disparadores que llevaron a uno y otro autor a tomar la pluma no fueron los mismos. Recordemos que Freyre se interesó por el fenómeno de la miseginación —tal como lo recuerda en el prólogo de la primera edición de *Casa Grande*— debido al disgusto que le causó, mientras estaba en

New York, su encuentro casual con la tripulación mestiza de un buque brasileño que se encontraba amarrado en el puerto de esa ciudad.

Al igual que Mailhe, Guber y Visacovsky analizan la crisis de una escritura sobre la crisis. Estos autores centran su atención en una coyuntura particular en la que un grupo de intelectuales intentaban por un lado constituirse en los analistas legítimos de un proceso crítico, y por otro lado actuar sobre él a efectos de superarlo. La coyuntura estudiada por los autores es la definida por la “transición a la democracia” vivida en la Argentina en los años siguientes a la caída de la última dictadura militar que asoló el país (1976-1983). La idea de transición, nos muestran los autores, fue construida por intelectuales vinculados a las ciencias sociales. El momento de la “transición”, según Guber y Visacovsky, constituye un tiempo liminal suspendido entre un pasado autoritario que hay que dejar atrás y un futuro plenamente democrático que hay que alcanzar, y que los intelectuales de la transición se proponen contribuir a construir, eliminando los vestigios de la “cultura autoritaria” del país. En este caso, y a diferencia de lo que propone Claudio Lomnitz para el caso de México, lejos de impedir la producción de imágenes sobre un futuro deseable, el sentimiento de vivir en tiempos de crisis parece haber sido su precondition, al menos para los intelectuales de la transición. Sólo a partir de la idea de crisis podía formularse la perspectiva de un futuro enteramente democrático que la superaría de una vez y para siempre.

Guber y Visacovsky, sin embargo, encuentran que los intelectuales de la transición permanecieron prisioneros de dos elementos centrales de la cultura política argentina: la concepción de la historia argentina como una situación de crisis permanente; y un dualismo fundamental. La idea de una crisis permanente, casi un oxímoron, también plantea problemas para los conceptos tradicionales de crisis. Si crisis es un momento de quiebre en la temporalidad, entonces una situación de crisis permanente define en realidad una “normalidad alternativa”.<sup>9</sup> Por lo tanto, la idea de transición implica la salida de una situación de crisis doble de la cual la dictadura había sido a la vez causa (la crisis coyuntural), pero también consecuencia (la situación de crisis permanente).

El tema del dualismo se refiere a una cierta visión de la historia argentina que la imagina como afectada por una tensión fundada entre dos polos

---

9 Sobre las ideas de crisis y normalidad ver Holton, R.J.: “The Idea of Crisis in Modern Society”, *The British Journal of Sociology*, 38 (4), 1987, págs. 502-520.

que van cambiando de identidad, pero no de esencia. Así, según esta versión del pasado, si para Domingo Sarmiento, que escribía hacia mediados del siglo XIX, la tensión habría estado definida entre los polos “civilización” (cultura urbana europea) y “barbarie” (mundo rural, local), medio siglo después, para Manuel Gálvez, José María Ramos Mejía y otros, la identidad de los polos había sido redefinida y ahora estaba constituida por los inmigrantes disolventes de la nacionalidad por un lado, y los grupos nativos “realmente argentinos” (definidos a su vez de manera diferente por cada autor), por otro. Más adelante este dualismo habría reemergido articulado alrededor de la dicotomía igualmente irreductible entre “peronistas/anti-peronistas”, etc. La tensión entre “cultura autoritaria” y “cultura democrática” en construcción entraría dentro de este modelo.

A diferencia de ciertas visiones simplistas del pasado argentino compartida por algunos comentaristas locales y extranjeros que ven en este dualismo un componente esencial del devenir históricos del país,<sup>10</sup> Guber y Visacovsky lo toman como una categoría “nativa” de los intelectuales que merece ser analizada y deconstruida y no como punto de partida para analizar el pasado nacional. Es que, para empezar (y esto no lo dicen Guber y Visacovsky), los polos que componen esta visión dicotómica nunca fueron totalmente excluyentes como pretende la versión poco sofisticada de la historia argentina mencionada arriba. Sarmiento, es cierto, formulaba un diagnóstico de la realidad que le tocaba vivir en términos de “civilización y barbarie”, pero la utilización de la partícula “y” en vez de “o” en el subtítulo de su texto seminal dejaría entender que en su visión ambas partes componentes formaban parte de un todo inseparable. ¿Acaso el contenido mismo de *Facundo* no puede interpretarse como un cruce de la frontera de la barbarie, simbolizada desde la introducción misma por la invocación a la “sombra terrible de Facundo” que abre el texto, a efectos de encontrar en ella el secreto de los dramas argentinos que sólo desde la “civilización” se puede descifrar, pero cuya clave sólo se encuentra en el lado de la “barbarie”? De manera similar, ¿no era el mismo José María Ramos Mejía el que desde la dirección del Consejo Nacional de Educación mostraba una confianza ilimitada en las capacidades del Estado argentino a través de la institución que presidía, pero también del medio social y material que se les ofrecía, para transformar al “craneota inmediato” que bajaba de los barcos

---

10 El ejemplo más acabado de esta visión del pasado es tal vez el texto de Shumway, Nicolás: *The Invention of Argentina*, University of California Press, Berkeley, 1991.

(o, en el peor de los casos, a sus hijos) en ciudadanos modelos? Guber y Visacovsky nos muestran cómo la visión dualista ha servido más para legitimar y autorizar el lugar social de los propios intelectuales que la formulaban que como concepto ordenador del pasado.

Los intelectuales de la transición intentaban superar el modelo de la crisis proponiendo a la democracia como valor absoluto, y para hacerlo retomaban el modelo dualista (o no lograban desembarazarse de él), pero esta vez desde una perspectiva “exterior”; es decir, en tanto expertos. Esta operación pone en crisis —según nuestros autores— el discurso sobre la crisis, ya que muchos de estos científicos sociales para poder hablar de la crisis “desde afuera” debían renegar de su propio pasado político en muchos casos muy poco democrático. Los intelectuales de la transición establecieron cuáles eran las partes contendientes de su versión del dualismo cuyos polos —autoritarismo y democracia— no se contaminaban, asignándoles una carga de valor y estableciendo las condiciones para el triunfo del polo positivo sobre el negativo lo que permitiría superar de manera definitiva el estado de crisis crónica en que vivía el país. Esta visión de la realidad, prisionera de concepciones fuertemente asentadas en la cultura política argentina, terminaba produciendo una versión simplificada del mundo político y social que no las distinguía de aquellas que se suponía que venía a reemplazar. En el fondo, nos dicen Guber y Visacovsky, este procedimiento —que llevaba implícita la necesidad de construir actores internos “democráticos” que sirvieran como polo alternativo al autoritario—, no lograba sino confirmar un sistema de clasificación obtenido *a priori* y por lo tanto tenía que ver más con una agenda política que con la construcción de nuevos objetos de conocimiento. En otras palabras, se trataba de una operación destinada más a construir un lugar para los intelectuales que la llevaban a cabo dentro del campo político e intelectual, que se reconstituían luego del fin de la experiencia dictatorial, que a la producción de conocimiento, lo que impedía percibir los matices y contradicciones.

Desde el punto de vista teórico, Guber y Visacovsky, al igual que Mailhe, analizan las crisis y los cortocircuitos de un universo discursivo organizado alrededor de ellas. Discursos construidos para superar crisis se encuentran prisioneros de los propios modelos ideológicos que pretendían dejar atrás. En un caso se trata del racismo decimonónico y de una cierta esencialidad de la cultura popular que ponía límites estrechos a la capacidad de dar voz a aquellos que no la tenían; en otro caso se trata de una versión dualista del pasado nacional que, aunque funcional a una estrategia

política, no permitía percibir matices en ese pasado ni en el presente que se suponía debía dejarlo atrás de manera definitiva. En el caso de Guber y Visacovsky una pregunta que quedaría pendiente sería acerca del recorte realizado por los autores, y la existencia de discursos alternativos y formas diferentes de entender la transición. En tiempos un poco más recientes han aparecido otros análisis que precisamente resaltan los matices que, según nuestros autores, los intelectuales de la transición habían sido incapaces de aprehender.<sup>11</sup>

Ahora bien, Coronil en su trabajo analiza la coyuntura generada alrededor del golpe de estado de abril de 2002 en Venezuela que desplazó fugazmente del poder al presidente Hugo Chávez como un momento crítico en el cual, además, hacen crisis los discursos e imágenes que articulan la existencia del estado venezolano. No sólo el momento del golpe admitía lecturas diferentes y antitéticas sino que la idea misma de estado entró en crisis. Lo que originalmente era una manifestación opositora frente al edificio de la empresa petrolera estatal para defender el estatuto de sus directivos frente a lo que se percibía como el avasallamiento de la “meritocracia” por parte del gobierno chavista degeneró luego de unos hechos de violencia de dudoso origen que terminaron con un número importante de muertos, en una marcha hacia el palacio de gobierno reclamando la renuncia de Chavez y posteriormente en un golpe militar. En realidad este episodio fue una manifestación dramática de la profunda polarización social y política que fue generando desde su comienzo el gobierno de Chávez. Este golpe de estado duró apenas dos días luego de los cuales Chávez fue restaurado en el poder. Coronil hace una detallada descripción de los hechos que se desencadenaron a partir de ese episodio y de las distintas y antitéticas lecturas que recibieron.

Por medio de una analogía con los ritos de pasaje estudiado por los antropólogos, Coronil interpreta el momento del golpe de estado como un momento “liminal,” el decir como un momento de transición en que las normas y valores sociales son cuestionados y afirmados a la vez, y los actores aparecen sin los atributos de sus roles tradicionales, antes de adquirir los atributos de su nueva condición. En los golpes de estado, señala Coronil, ocurre algo parecido a lo que ocurre en estos ritos, excepto que desaparece la certidumbre del resultado final propio de éstos. Esta incer-

---

11 Ver en particular el texto de Vezzetti, Hugo: *Pasado y presente: guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002. Otras visiones del pasado inmediato que circulaban a poco de caer la dictadura eran aquellas vinculadas a la llamada “Teoría de los dos demonios”.

tidumbre respecto de los resultados es lo que permite además interpretar a los golpes de Estado como momentos de crisis. “En los ritos cíclicos, el orden establecido controla al desorden liminal; en golpes de estado, el desordenado período liminal busca un nuevo orden.” Es en estos momentos cuando la naturaleza del estado aparece al desnudo: no solo como encarnación de un orden, sino como su creador por medio de su objetivación a través de múltiples discursos y prácticas que supuestamente lo representan.

A diferencia de los otros autores cuyos artículos se incluyen en este número, Federico Neiburg no centra su atención en un grupo de intelectuales en particular ni en una coyuntura concreta, sino en la conformación de una “cultura económica” en la Argentina y Brasil que conllevó a la identificación de las crisis nacionales en ambos países con los desequilibrios monetarios, en particular aquellos vinculados a los fenómenos inflacionarios. Paralelamente, Neiburg analiza el proceso a través del cual un grupo profesional específico, los economistas, se han ido transformado en intelectuales públicos; es decir, en aquellos socialmente legitimados para hablar de las crisis. De manera similar a Guber y Visacovsky, Neiburg muestra el doble proceso por el cual las crisis se construyen como objeto de análisis desde ciertas áreas de conocimiento, y a la vez estos discursos sobre las crisis legitiman y autorizan los espacios institucionales y los saberes que los constituyen. Es decir, desde la economía o desde la ciencia social se construyen discursos sobre las crisis que a su vez legitiman socialmente la economía o la ciencia social como los discursos y los saberes consagrados para referirse, diagnosticar y operar sobre ellas.<sup>12</sup> En el caso particular de la economía analizado por Neiburg, estos discursos y saberes estarían conformados por una serie de técnicas cuantitativas de representación de la inflación que habrían proliferado en las últimas décadas, cuyo manejo y producción requería de la presencia de especialistas y técnicos que de esta manera consolidaban su posición como “expertos” en inflación y, por lo tanto, en crisis. Pero por otro lado estos economistas construyeron una “cultura de la inflación” al difundir los instrumentos de análisis y educar económicamente a la población. Pero si el proceso de constitución de un campo ampliado de la economía articulado alrededor del concepto de crisis inflacionaria ha sido en muchos aspectos similar en la Argentina y Brasil, y de hecho los

---

12 Koselleck señala cómo los discursos sobre las crisis han legitimado a las distintas disciplinas sociales. Ver Koselleck: “Some Questions...”, pág. 238.

diálogos, contactos y las miradas especulares de un país en el otro han sido frecuentes, las narrativas sobre la crisis, nos informa Neiburg, han sido diferentes. En la Argentina han estado asociadas a la idea de “excepcionalidad” y decadencia luego de un pasado glorioso. En Brasil, en cambio, la idea de crisis inflacionaria ha estado más bien vinculada a la noción de desvío respecto de un destino de grandeza. Sin embargo, las diferencias no se agotan ahí. Neiburg hace un fino análisis de como el campo de los economistas se fue consolidando en las últimas décadas en ambos países mostrando al mismo tiempo la dimensión internacional del proceso (generación de mecanismos de consagración internacionales, “trayectorias típicas”, etc.) y las particularidades de cada país, que tienen que ver con las características de cada Estado y con la estructura social y las diferencias de las propiedades sociales de los economistas en cada contexto nacional. Así, por ejemplo, si los economistas brasileños pudieron utilizar la autoridad y el prestigio de aquellos que los precedieron en la función pública a pesar de las diferencias ideológicas y teóricas con una fluidez impensable para sus colegas argentinos, esto se debería en parte a que aquéllos compartían una posición social mucho más cerrada que estos. Además esta posibilidad se debía al menor nivel de polarización política de la sociedad brasileña y a la mayor “densidad de la esfera estatal” brasileña respecto de la argentina lo que tradicionalmente permitió en Brasil mayores niveles de continuidad institucional que en la Argentina.

Neiburg comienza su historia en la década de 1960 cuando él detecta el origen del proceso de “educación económica” de las poblaciones latinoamericanas, vinculado al fenómeno pernicioso de la inflación y a la existencia de campos de economistas en expansión. Retomando algunas hipótesis de Michel Callon,<sup>13</sup> Neiburg resalta el carácter performativo de la ciencia económica. Pero a diferencia de aquél la atención está puesta más en los agentes generadores de esta *performance* (los economistas) que en el saber que sostienen. Los economistas profesionales no solamente discurrían sobre la inflación sino que además elaboraron una pedagogía de ella, educando a las poblaciones sobre como convivir con la inestabilidad monetaria, defendiéndose de sus efectos y eventualmente sacando ventaja de la misma. Al igual que otros discursos (el del psicoanálisis en la Argentina tal vez sea el caso más notorio), el de la economía desbordó el reducido espa-

---

13 Ver Callon, Michel: “Introduction: The Embeddedness of Economic Markets in Economics”, en Callon, Michel (ed.): *The Laws of the Market*, Blackwell, Oxford, 1998.

cio de los profesionales y se tornó en una verdadera “cultura”, en un sistema ordenador de la experiencia social.<sup>14</sup>

Sin embargo, habría que preguntarse sobre el alcance real de la identificación entre crisis nacional y desequilibrios monetarios que plantea Neiburg. No hay duda de que la dimensión económica ha ocupado un lugar central en las definiciones “nativas” de crisis, pero ¿ha sido la única? ¿Podemos, como hace Neiburg, afirmar la existencia de una identificación absoluta entre crisis y crisis económica, en particular por la inflación? Creo que la experiencia argentina más reciente nos forzaría a matizar estos juicios. Es evidente que términos como “convertibilidad”, “bonos”, “corralito” y otros han tenido una importancia tal que, como señala Neiburg, la BBC de Londres en el 2002 publicó en su página de internet un *Dictionary of Argentine Crisis*. Sin embargo, la misma BBC también echó otras miradas sobre la crisis argentina. El 24 de marzo del 2002, por ejemplo, la BBC World Service de Londres transmitió un programa especial sobre la crisis en la Argentina que consistía en una serie de entrevistas a psicoanalistas locales y, curiosamente, no a economistas. La crisis argentina fue (y fue vivida como) una crisis económica y mucho más que eso. En realidad lo que llamaba la atención de cualquiera que haya vivido en esos meses en la Argentina era la proliferación de intelectuales no economistas (y en este sentido es interesante destacar la presencia de psicoanalistas en los medios como “intelectuales de la crisis”) que hablaban y formulaban narrativas sobre la crisis. Se hablaba del corralito, pero también y fundamentalmente de crisis de representación política. Los grupos que protestaban frente a los bancos a efectos de que les devolvieran sus ahorros en dólares ahora convertidos en pesos competían (y no con ventaja) en el espacio público con una nueva constelación de grupos, asambleas populares, piqueteros, etc., cuyos reclamos podrían ser caracterizados como económicos sólo si por esto entendemos la demanda de ver satisfechas las necesidades básicas de subsistencia, y aún así no olvidaban otros reclamos al menos tan urgentes como efímeros, tales como el “que se vayan todos”. Cuando en 2002 intelectuales prominentes hablaban de la “disolución del pacto social” hablaban menos de indicadores económicos que de la necesidad de reformar la constitución, cambiar el sistema político y problemas semejantes.

---

<sup>14</sup> Para una discusión de disciplinas que “generan culturas” ver Turckle, Sherry: *Psychoanalytic Politics: Jacques Lacan Freud's French Revolution*, Free Association Books, Londres, 1991.

Pero volviendo al pasado, aun el discurso del Presidente Alfonsín en la Plaza de Mayo, en abril de 1985, cuando éste convocó a la ciudadanía para denunciar públicamente los peligros que acechaban a la naciente democracia argentina y terminó anunciando una “economía de guerra”, aceptaría una lectura alternativa a la que hace Neiburg. Si Alfonsín necesitó hablar de los peligros de la democracia en un momento en que circulaban rumores de golpe de estado para terminar hablando de la inflación es probablemente porque este último tema no hubiera garantizado la afluencia de público necesaria en un momento donde la atención estaba más dirigida al juicio de las juntas militares que a los índices de precios. Una cosa son los discursos generados desde el poder y otra es su recepción .

Los cuatro trabajos presentados en este número son excelentes ejemplos de distintos acercamientos teóricos y metodológicos a los discursos y conceptos sobre las crisis tomando en cuenta la riqueza polisémica de dicho concepto. Probablemente el mérito más importante de los textos sea que, desde perspectivas diferentes, todos ellos contribuyen a “desnaturalizar” el problema de las crisis enfatizando su carácter de constructo cultural y por lo tanto su historicidad.